

por cada una: sin ellas no existiría. Nuestra civitas será eso que, por la confluencia de lo diferente, podemos edificar juntos: acompañándonos, asociándonos, buscando la concordia por medio del consenso razonable.

La búsqueda de esta verdad comporta que la filosofía ocupe el lugar que le corresponde en la educación de la sociedad, tal como lo entendiera Cicerón, que no quede reclusa en el mundo académico, que pueda hacer su aporte como maestra de la vida, generadora de pensamiento, pedagoga de la virtud.

Velis nolis vivimos en nuestro mundo, al que solemos calificar de laico. Laico viene del griego λαός, que significa pueblo. En Occidente esta denominación ha sido referida a lo que también se ha llamado secularización, diríamos que un complejo proceso socio-cultural referido de modo prioritario a los dos últimos siglos. Interpreta un cambio de perspectiva en la visión de la realidad. También se le llamó mundanización del mundo, es decir, la “emancipación de la realidad terrena de los controles religiosos y del dominio de la religión cristiana, ejercido en la antigüedad y en la Edad Media. El resultado de este proceso es un mundo a disposición y bajo el gobierno del hombre, un mundo autónomo, campo para su libre investigación, creación y planificación” (Jiménez Ortiz, 1992:116-117).

¿Qué nos corresponde a los cristianos recibir de y aportar a este mundo en el que vivimos como miembros de nuestro pueblo? Tal vez uno de los elementos interesantes tenga que ver con lo más genuino de la tradición cristiana, que desde antiguo se esforzó en proponer la experiencia de Jesús, esto es, la vida de fe en diálogo con la razón. Dentro de la comunidad cristiana hablamos con argumentos bíblicos, teológicos... -y debemos hacerlo-, pero en la sociedad civil debemos ser capaces de expresar nuestras ideas con un lenguaje racional, de forma que puedan ser propuestas a otros, no sé si para convencerlos, sí, al menos, para enriquecernos mutuamente (González-Carvajal, 2008). ¿Cómo hacerlo? He aquí la cuestión. Pensamos que es uno de los desafíos de los cristianos en la Universidad.

“El pensamiento nace libre y en todas partes se encadena a sí mismo”. Es una de las anotaciones de G. K. Chesterton (2005:141) en su artículo El deseo moderno por la esclavitud, publicado en *The Illustrated London News* el 15 de diciembre de 1923. Tiene que ver, según mi parecer, con el sentido propio del conocimiento de la realidad, esto es, con la verdad y su búsqueda. Uno piensa y cree que es verdad lo que piensa. Es la que podemos denominar filosofía-razón. También puede llegar a pensar lo que cree. Y es el amor ‘a’, ‘por’ y ‘de’ la sabiduría, lo que a uno lo hace salir de sí mismo (trascenden-

cia), por lo que llega a conocer al otro y reconocerse en él (alteridad), eso que genera lazos y relaciones (amistad) que explicitan lo mejor de uno.

Que la filosofía sea en su etimología amor ‘a’, ‘por’ y ‘de’ la sabiduría es un acontecimiento no sólo relevante, sino también ineludible, que no conviene ni obviar ni olvidar. Quiere decir, entre otras cosas, que “no se entra en la verdad sino por el amor”, comentaba san Agustín (Réplica a Fausto, maniqueo 32, 18). Veritas latina, alétheia griega, ‘emet hebreo. El verbo hebreo ‘aman, de donde viene ‘amén’, significa firme, bien fundado, sobre lo que se puede edificar’. La verdad no es prioritariamente lo que se des-oculta en la interpretación heideggeriana (a-lethes), tampoco en primera instancia la conformidad de lo que se dice con lo que es (veritas), sino concretamente aquello a lo que uno se abre por el hecho de estar manifiesto sin haberse uno dado cuenta, hacia lo que uno tiende y aspira recibir, sobre lo que puede edificarse la casa de la vida, el hogar del hombre, su mundo de relaciones. Es camino de por vida y tiene que ver fundamentalmente con su búsqueda, que es un acontecimiento, en terminología de E. Mounier: comporta la llamada del otro, el sufrimiento y la esperanza del otro, no separar la búsqueda de la verdad de la condición cotidiana del hombre.

Leyendo el libro Hortensio de Cicerón durante su etapa -diríamos hoy- de estudiante universitario, Agustín de Tagaste se sintió “estimulado al estudio de la sabiduría. El caso es que -confesaba- iba atrasando la tarea de su búsqueda”, porque “no ya el hallazgo de la sabiduría, sino la simple búsqueda debería haber gozado de prioridad frente a todos los tesoros” (Confesiones 8, 7, 17). “Hay que buscar la verdad con empeño para que su encuentro produzca mayor satisfacción. Y hay que disfrutarla sin hastío para seguir buscándola con nuevo afán”, escribió años después (La trinidad 15, 2, 2).

La búsqueda de la verdad y su hallazgo comportan una paradoja: se pierde la certeza de que hay algo que poseer y uno pasa a ser seducido por lo que encuentra, porque no se sabe bien quién encontró a quién, quién conoció a quién y quién se sintió reconocido. Por eso la búsqueda de la verdad es, en primer lugar, exploración. Es -‘mutatis mutandis’- como la patria. Uno habita su tierra, la de sus padres, en la que fue engendrado. Esa tierra me pertenece en tanto reconozco que le pertenezco. He edificado mi hogar sobre este suelo, esta tierra ofrece fundamento a los cimientos de mi casa. Pero no debo encerrarme en esa mi casa. Aunque me alberga y ampara -precisamente por ello-, necesito salir, porque aún queda mucha tierra patria por explorar, frondosos

1 Cf. Léon-Dufour, X.: “Verdad”: Idem, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder. 12ª ed., Barcelona 1982, pp. 930-935.

bosques que conocer, hermosos valles que transitar, elevadísimos cerros que ascender... Y, sobre todo, muchas personas con las que encontrarme, que también son de aquí y andan buscando.

Cuando uno se adentra en tierra ignota se trazan caminos sin que el territorio sea conquistado. En la búsqueda de la sabiduría hay caminos trazados, pero es cada uno quien ha de transitarlos. Necesitamos, quizá, optar por hacerlo en compañía y atender a los consejos de los sabios que diseñan mapas, cual geógrafos del espíritu...

La filosofía supone, en este sentido, el cultivo de la humildad. Esto por una obviedad: ni lo sabemos todo ni todo lo podemos. Más bien es muy poco lo que sabemos y podemos. Por eso nos necesitamos. San Agustín lo expresaba en una de sus cartas: "El primer paso en la búsqueda de la verdad es la humildad. El segundo, la humildad. El tercero, la humildad. Y el último, la humildad. Esto no significa que la humildad sea la única virtud necesaria para el encuentro y disfrute de la verdad. Pero si todas las demás virtudes no van precedidas, acompañadas y seguidas por la humildad, la soberbia se abrirá paso entre ellas y destruirá sus buenas intenciones" (Carta 118, 3, 22; cf. Sermón 96, 3; Confesiones 7, 7, 11). No en vano es nuestra condición. Es propio del hombre plantar las raíces de la vida en la tierra de la humildad, aunque sea una cuestión que con frecuencia dejemos de lado. Homo, humus, humilitas... Es ésta una tierra que hemos de cuidar, porque en ella han sido depositadas semillas que cultivar... Cuidado, cultivo, cultura, culto...

Respecto del camino filosófico, san Agustín lo reflexionaba con la imagen de quien navega. Navegantes en búsqueda de la verdad que procura la felicidad, todos "son atraídos por diversos motivos a la tierra firme de la vida feliz, pero han de temer mucho y evitar con suma cautela un elevadísimo monte o escollo que se yergue en la misma boca del puerto y causa grandes inquietudes a los navegantes... Pues ¿qué otro monte han de evitar y temer los que aspiran o entran en la filosofía sino el orgulloso afán de vanagloria, porque es interiormente tan hueco y vacío que a los hinchados que se arriesgan a caminar sobre él, abriéndose el suelo, los traga y absorbe, sumergiéndoles en unas tinieblas pro-

fundas, después de arrebatárles la espléndida mansión que tocaban con la mano?" (La vida feliz 1, 3).

Buscar es "hacer algo para encontrar o hallar a alguna persona o cosa" (Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española - DRAE) El resultado de la búsqueda puede darse en un doble sentido: buscar y encontrar, o buscar y hallar. La palabra 'hallar', del latín afflare, significa soplar, y se decía del perro que rastrea la pieza con el hocico y resopla. "La busca, la rebusca, que tiene al perro siempre alerta", poetizaba León Felipe. Buscar es, en este sentido, rastrear. Podemos hallar algo sin buscarlo, pero sólo puede hallarse algo si, en cierto modo, se tiene actitud de búsqueda, si uno se mueve para ello.

La palabra 'encontrar', del latín in contra, significa prioritariamente dar con una persona o cosa que ya se buscaba. Uno puede encontrar lo que estaba buscando.

¿La pregunta filosófica, qué busca: hallar o encontrar? ¿Busca algo que se presiente que está, aunque aún no se sepa dónde, o se lanza a la búsqueda sin saber lo que hay? En cualquiera de los casos, seguramente en ambos, viene a hallarse o a encontrarse ante lo que le sale al paso por el conocer y el reconocer. A esto se dice también en latín invenire.

Este es, según mi parecer, el sentido genuino de la investigación (investigatio, indagatio). En este contexto se entiende la emergencia de las universidades: para esto surgen, es lo que las hace emerger, es el criterio que señala -apuntando el símil clínico- la vitalidad de su salud o su situación de emergencia...

El DRAE define Universidad en su tercera acepción como "conjunto de personas que forman una corporación". Es la denominación previa a su referencia académico-escolástica. En la cuarta de sus acepciones es el "conjunto de las cosas creadas", en referencia a la apertura al conocimiento de lo real en todas sus dimensiones.

Universitas es nombre abstracto formado sobre el adjetivo universus, a, um (todo, entero, universal), derivado a la vez de unus, a, um (uno). Lo que hoy referimos como Universidad tiene que ver con el hombre, la vida, la ciencia y la sociedad. Sus funciones se relacionan con

◆ "La verdad no es prioritariamente lo que se des-oculta en la interpretación heideggeriana (a-lethes), tampoco en primera instancia la conformidad de lo que se dice con lo que es (veritas), sino concretamente aquello a lo que uno se abre por el hecho de estar manifiesto sin haberse uno dado cuenta, hacia lo que uno tiende y aspira recibir, sobre lo que puede edificarse la casa de la vida, el hogar del hombre, su mundo de relaciones".

la enseñanza, la investigación, la extensión o servicio y la promoción de una sociedad adecuada para que el hombre pueda ser feliz.

Su labor nace y se sustenta en el sentido corporativo de la vida humana y su accionar. En el derecho romano a la totalidad de las personas que participan de una misma profesión se denominaba Collegium. Así fueron denominados también las casas o conventos de las órdenes regulares destinadas para los estudios. El grupo de las personas dedicadas a tal menester intelectual era denominado Studium, palabra que antecede históricamente a la denominación de tal institución como Universitas.

En la Orden de San Agustín, por ejemplo, en 1259 Lanfranco de Milán, Prior General, se encargó de la adquisición de una casa de estudio en París. Gracias a Egidio Romano, se consiguió que “la Universidad diera por válidos los cursos en que hubieran sido lectores en otros centros de estudio de la Orden; en 1293 recibió como regalo del monarca francés Felipe el Hermoso, otro lugar más amplio y más cercano a la universidad, convertido por él y por sus primeros sucesores en el mejor ‘studium generale’ que tuvieron los Agustinos hasta la Edad Moderna” (Gutiérrez, 1980:171).

No transcurrió mucho tiempo antes de que se añadieran al primer Studium Generale de París otros Studia Generalia, particularmente en Bolonia, Padua y Roma (o en el lugar donde la Curia Papal estuviera en ese momento), así como Studia Provincialia en toda Europa (sólo se enviaban los estudiantes más prometedores al Studia Generalia, siendo educada la gran mayoría de frailes en su propia Provincia). En 1318 las actas de los Capítulos hacen mención a los Studia Generalia tanto en Oxford como en Cambridge (Moral Antón, 147-157).

Estas primeras escuelas de la Orden eran internas, agregadas a una universidad y se caracterizaban por diversas actividades escolásticas, que incluían debates públicos. No es sorprendente que sobresalieran en este ambiente escritores como Egidio Romano, Santiago de Viterbo, Enrique de Friemar, Bernardo Oliver, y que hubiera buenas bibliotecas, especialmente en París².

2 El término ‘escuela’ proviene del griego clásico σχολή (*eskholé*) por mediación del latín *schola*. Curiosamente el significado original en griego era de ocio, tranquilidad, tiempo libre, que luego derivó a aquello que se hace durante el tiempo libre y, más concretamente, aquello que merece la pena hacerse, de donde acabó significando *estudio*, por oposición a los juegos, ya en el griego de Platón y Aristóteles. En el periodo helenístico pasó a designar a las escuelas filosóficas, y de ahí, por extensión, tomó el significado actual de ‘centro de estudios’.

Un buen resumen de lo anterior se refleja en la declaración del Capítulo General de Montpellier, 1324: “Porque es cosa cierta que para su incremento, firmeza y honra, nuestra Orden no tiene tesoro de mayor estima que los libros útiles para el estudio, definimos y ordenamos que los libros de la librería común se conserven sin substracción alguna” (Analecta Augustiniana III, 468) (Gutiérrez, 1980:197).

La universalidad del origen de la universitas medieval está relacionada con las causas que influyeron en su nacimiento. Por un lado la disposición de los Collegia y Studia a la totalidad del saber y su apertura a alumnos procedentes de todo lugar y lengua. En correspondencia, los títulos adquiridos tenían validez universal y concedían la licentia ubique terrarum o licentia ubique docendi.

La Universitas comprende por ello todas las ciencias y disciplinas del saber, que contribuyen a la apertura de la inteligencia humana mediante la observación y el pensamiento a la totalidad de lo real. Los griegos lo llamaron episteme, los latinos scientia. Es el adiestramiento de la capacidad humana para llegar a conocer y manejar edificadamente el saber. Los griegos lo llamaron techné, los latinos ars.

Esto comportaba que la Universitas se desempeñara con autonomía respecto de condicionamientos que limitasen su propósito. Por una lado, la autonomía propia de la ciencia y el saber que la faculte para designar sus normas y métodos. Por otro, la autonomía correspondiente para configurarse en un espacio jurídico con identidad propia, apta y capacitada para no estar sometida a condicionamientos que la inhabiliten para su misión.

La tarea primordial de la Universidad es generar espacios de investigación

El 19 de octubre de 1982 un diario español de extracción católica denominado Ya, hoy desaparecido, publicaba el discurso de Xavier Zubiri con motivo de la concesión del Premio Ramón y Cajal a la investigación, que le fue concedido a él como filósofo y a Severo Ochoa como biólogo. El título de dicho artículo: ¿Qué es investigar? Propongo alguna de sus consideraciones.

“¿Qué es lo que se investiga? Evidentemente investigamos la verdad, pero no una verdad de nuestras afirmaciones, sino la verdad de la realidad misma. Es la verdad por la que llamamos a lo real, realidad verdadera. Es una verdad de muchos órdenes: físico, matemático, biológico, astronómico, mental, social, histórico, filosófico, etcétera”.

“Pero, ¿cómo se investiga esta realidad verdadera? La investigación de la realidad verdadera no consiste en una mera ocupación con ella. Ciertamente es una ocupación, pero no es mera ocupación. Es mucho más: es una dedicación. Investigar es dedicarse a la realidad verdadera. Dedicar significa mostrar algo, *deik*, con una fuerza especial de. Y tratándose de la dedicación intelectual, esta fuerza consiste en configurar o conformar nuestra mente según la mostración de la realidad, y ofrecer lo que así se nos muestra a la consideración de los demás. Dedicación es hacer que la realidad verdadera configure nuestras mentes. Vivir intelectivamente, según esta configuración, es aquello en que consiste lo que se llama profesión. El investigador profesa la realidad verdadera”³.

“Esta profesión es algo peculiar. El que no hace sino ocuparse de estas realidades, no investiga: posee la realidad verdadera o trozos diversos de ella. Pero el que se dedica a la realidad verdadera tiene una cualidad en cierto modo opuesta: no posee verdades, sino que, por el contrario, está poseído por ellas. En la investigación vamos de la mano de la realidad verdadera, estamos arrastrados por ella, y este arrastre es justo el movimiento de la investigación”.

“Ante todo, todo lo real es lo que es sólo respectivamente a otras realidades. Nada es real si no es respecto a otras realidades. Lo cual significa que toda cosa real es desde sí misma constitutivamente abierta. Sólo entendida desde otras cosas que habrá que buscar, habremos entendido lo que es la cosa que queremos comprender. Lo que así entendemos es lo que la cosa es en la realidad. El arrastre con que nos arrastra la realidad hace, pues, de su intelección un movimiento de búsqueda. Y como esto mismo sucede con aquellas otras cosas desde las que entendemos lo que queremos entender, resulta que al estar arrastrados por la realidad nos encontramos envueltos en un movimiento inacabable no sólo porque el hombre no puede agotar la riqueza de la realidad, sino que es inacabable radicalmente, a saber, porque la realidad en cuanto tal es desde sí misma constitutivamente abierta. Es, a mi modo de ver, el fundamento de la célebre frase de san Agustín: ‘Busquemos como buscan los que aún no han encontrado, y encontremos como encuentran los que aún han de buscar’. Investigar lo que algo es en la realidad es faena inacabable, porque lo real mismo nunca está acabado. La realidad es abierta y múltiple”.

Añado a esto algunas consideraciones de un debate actual, presente en una reconocida y prestigiosa universidad de nuestro país, la UNT. Así lo refiere R. E.

Ruiz Pesce: “Cuál la misión de la universidad en la actual encrucijada histórica. Sin ese diálogo y debate sobre las ideas fundamentales que debieran reencauzar la marcha de la universidad, seguiremos debatiendo desde lo anecdótico y efímero; discutiremos si tenemos que unirnos a los piqueteros para luchar por la salvaguarda de la ‘universidad pública y gratuita’, o si tenemos que acercarnos a grandes inversores o ‘sponsors’ privados para que financien ciencia y docencia; polemizaremos si tenemos que arancelar o no arancelar los estudios universitarios; si tenemos que poner pruebas de ingreso y cupos o no; etcétera, etcétera. Detrás de todas esas disputas, en el fondo anecdóticas, efímeras y contingentes, lo que ciertamente padecemos con gravedad crónica en la universidad y en la sociedad es un déficit de diálogo; y eso es como decir que nos faltan la savia y los nutrientes esenciales que hacen a una comunidad universitaria en particular y a una comunidad política en general. En los hechos la universidad nace históricamente como la comunidad de los que enseñan y de los que aprenden; la comunidad o los gremios de maestros y de alumnos, reunidos en la común búsqueda de la verdad; verdad que era laboriosamente ‘peleada’, palmo a palmo, en las ‘cuestiones disputadas’ de las universidades medievales; aquella no era ninguna edad de oro, y ésta ciertamente tampoco es; las edades áureas son los ‘velos de la ilusión’ para no afrontar la realidad, pero en aquellas aurales disputas universitarias encontramos las raíces ciertas del modelo de la universidad por la que vale la pena comprometerse y luchar” (Ruiz Pesce, 2001:3-4).

¿Qué decir de las universidades católicas?

Una Universidad Católica es un tipo de universidad que forma parte de la estructura de la Iglesia Católica. El Código de Derecho Canónico reconoce la existencia de dos tipos de universidades en el seno de la Iglesia Católica: Universidad Eclesiástica y la Universidad Católica.

A una Universidad Católica puede serle concedido por la Congregación de Seminarios e Institutos de Estudios el título honorífico de Pontificia. Este título se da generalmente por la tradición académica y la labor que cumple la institución. Así las Universidades Católicas más antiguas son generalmente Universidades Pontificias, y todas las Universidades Eclesiásticas lo son, dadas su labor y misión. En la región o país en que está ubicada, una universidad denominada con el título de Pontificia procurará sobresalir tanto por sus cualidades de universalidad como por la calidad de su identidad y testimonio católicos.

3 *Dicare* = dedicar, consagrar. De la raíz indoeuropea **deik* = señalar.

¿Cómo se articula, en este contexto, el carácter autónomo de la universidad con el carácter confesional de la misma? Propongo algunos aspectos.

En primer lugar, una apreciación agustiniana: "No presumamos de haber hallado la verdad. Busquémosla como si nos fuera desconocida a ambos. De esta forma, aceptando que es posible conocerla sin presunción, nos empeñaremos en buscarla unánimemente y con afán" (Réplica a la carta de Manés, llamada "Del Fundamento", 3). Estamos siempre subjetivamente en búsqueda de la verdad objetiva que nos sostiene.

Respecto de la disposición del espíritu una vez hallada la verdad, comenta san Agustín: "¿Se ha de continuar buscando una vez encontrado? En efecto, así se han de buscar las realidades incomprensibles, y no crea que no ha encontrado nada el que comprende la incomprensibilidad de lo que busca. ¿A qué buscar, si comprende que es incomprensible lo que busca, sino porque sabe que no ha de cesar en su empeño mientras adelanta en la búsqueda de lo incomprensible, ya que cada día se hace mejor el que busca tan gran bien, encontrando lo que busca y buscando lo que encuentra? Se le busca para que sea más dulce el hallazgo, se le encuentra para buscarlo con más avidez" (La Trinidad 15, 2, 2). Quien desea acceder al conocimiento de la tierra de la verdad ha de poner los pies en su senda y transitarla. No se llega a la meta sin poner los pies en el camino...

En la búsqueda de la verdad la consideración de la historia es tema fundamental, cuya reflexión encuadra san Agustín desde la verdad central del cristianismo: la encarnación⁴. Que Dios se haya hecho carne quiere decir que se hizo historia. La historia de los hombres en la que Dios se encarna es, a la vez, historia de pecado y de salvación, de justicia y de misericordia, de castigo y de redención. Es en este contexto en el que san Agustín busca la razón que dé razón de la historia. Y esa razón, que no encuentra en la filosofía de los griegos, Agustín se la pide a la fe: "pedir incansablemente a la fe una razón que ilumine la creencia" (Ferrater Mora, 1945:58-59). Es como adentrarse en un terreno en el cual uno sabe que está, pero en el que le queda casi todo por descubrir. La inteligencia de esas posibilidades que se abren será mayor cuanto más grande sea la capacidad de apertura (Carta 120, 1, 4).

San Agustín hace, por ello, su propuesta: "Dios nos libre de creer que se nos da la fe para que no busquemos o alcancemos la razón; ni siquiera podríamos creer si nouviésemos almas racionales. El que la fe preceda a

la razón es una constatación racional. Si ese precepto no fuese racional, sería irracional, librenos Dios de pensarlo. Por lo tanto, la razón que nos persuade de esto precede a la fe" (Carta 120, 1, 3). Crede ut intelligas, intellige ut credas (Tratado sobre el Evangelio de san Juan 29, 6), considerando que es algo propio de la razón y que pertenece a su fuero "el que la fe preceda a la razón en ciertos temas propios de la doctrina salvadora" (Carta 120, 1, 3). Corresponde proponer a la inteligencia que entienda esto, no sea que se prive de esos horizontes y de la posibilidad de pensar más allá del pensamiento; o mejor, que el pensamiento se abra a dimensiones de la realidad más allá de sí mismo, las piense y conozca su verdad.

Quizá sea éste un elemento esencial para considerar el progreso de la ciencia y del saber. Con demasiada frecuencia, dice Emmanuel Levinas, "el pensamiento como saber piensa a su medida. Y probablemente por ello es, desde su nacimiento, incapaz de Dios" (1988:157). San Agustín considera que "la fe abre la puerta al entendimiento" (Carta 137, 4, 15). Y matiza esta afirmación para no inducir a error respecto del excelso don de la razón: "No podríamos creer si no tuviésemos almas racionales" (Carta 120, 1, 3).

¿Qué papel desempeña la autoridad, y con ella el magisterio, en la búsqueda universitaria católica de la verdad?

En su Proyecto Institucional la Universidad Católica Argentina es considerada como "una institución católica argentina de pensamiento y de educación superior que aspira continuamente a la excelencia académica y profesional y a la humanización cristiana de sí misma. Mediante la enseñanza innovadora, la formación integral, la investigación y el compromiso con la Sociedad, busca aportar al desarrollo del conocimiento y al diálogo con la cultura centrado en la dignidad de la persona humana" (UCA, 2011:2).

La palabra autoridad refiere entre los cristianos el poder de Jesús. El evangelio según san Mateo emplea el término εξουσία. No es poder de imposición sobre los otros (κράτος - potestas), ni algún tipo de dominio o señorío coactivo (κυριότης - imperium). Es εξουσία (auctoritas), que podría traducirse como capacidad creadora, aquel impulso que hace que las cosas sean y prosperen, se desplieguen y desarrollen, de modo que el mal no tenga la última palabra sino que sea vencido, que la muerte no aniquile la vida, que la Buena Nueva se sobreponga a lo decrépito. Es la capacidad de renovación, de perdón, de progreso, de gracia y salvación. Este es el poder que Jesús confiere a su Iglesia: procurar que la vida prospere, que dé respuesta a los conflictos, que

4 ^{Ιστορία} significa en la lengua griega investigación, información, informe, noticia, saber, ciencia, relato, narración...

haga emerger lo bueno no obstante nuestra decrepitud, que haga explícita en nosotros la imagen de Dios que somos... (Mt 7, 29; 9, 6; 10, 1; 21, 23.24.27; 28, 18).

Es la autoridad del testigo, maestro de vida, en quien obra el poder generativo y creador de la gracia, en quien encontramos la sabiduría de las cosas de Dios manifestada en la ciencia de los hombres. "Ama, busca, consigue, abraza y guarda no tal o cual escuela de sabiduría, sino la sabiduría misma" (Confesiones 3, 4, 7). "Más vale un maestro de vida (Lebemeister) que mil maestros de lectura (Lesemeister)"⁵, decía el Maestro Eckhart.

La razón de una autoridad de este tipo es plenamente compatible, y necesaria, con el auténtico sentido de la búsqueda de la verdad y su investigación. Dicha autoridad es la verdadera garante de la libertad, dado que también podemos elegir nuestras servidumbres. Es la distinción agustiniana entre capacidad de elección (o libre albedrío) y la elección del bien (o libertad). Conviene, quizá, diseñar hojas de ruta que asuman que en la vida hay laberintos, y algunos no tienen salida. Y que de ellos solamente 'se sale por arriba', como decía Leopoldo Marechal. "Esto no es para que los hombres dejen de ser libres para andar por las rutas, sino más bien para que sigan las rutas en las que van a seguir siendo libres" (Chesterton, 2005:145).

La razón de una autoridad tiene que ver con el íntimo respeto de la realidad humana. Hay en el hombre algo que "escapa y trasciende la sociedad en que vive" (Zambrano, 1988:114). El hombre, además de individuo, es persona. "El lugar del individuo es la sociedad, pero el lugar de la persona es un íntimo espacio. Y en él, sí, reside un absoluto. No en otro lugar de la realidad humana. Nada que en nosotros haya sido, nada que sea nuestro producto es absoluto, ni puede serlo. Sólo lo es eso desconocido y sin nombre, que es soledad y libertad" (Zambrano, 1988:124). Es el "privilegio de la condición humana -ese interior como san Agustín dijera, donde reside la verdad-" (119), ámbito en el que "nace la responsabilidad, el hacerse cargo de lo que se decide y se hace y aun de lo que se hace o está ya hecho, pues podemos asumir lo que no hemos decidido ni creado: tomarlo sobre nosotros, marchar voluntariamente con su peso" (124-125).

Qué no es o no ha de ser la Universidad

Una oficina del Estado o de la Iglesia. Entre otras cosas porque, como refería Miguel de Unamuno hace más de un siglo, refiriéndose a los profesores universitarios, la "comparación no será muy cortés, ya lo sé, pero

es exacta; muchos me parecen caballos de noria. Pónelos su dueño a que saquen agua y ellos, con sus ojos vendados, dan vueltas y más vueltas, y 'cumplen con su obligación', sin dárselos un ardite del fin que aquella agua haya de tener. 'Tú ganarás tres mil pesetas por explicar latín'. Y él dale que le das, a dar vuelta a la noria, con los ojos vendados. Enseña latín, sin preocuparse de la utilidad o inutilidad social que el latín puede tener, fuera de proporcionar un título".

Una de las principales preocupaciones del profesorado universitario, nos dice también don Miguel, era editar su propio libro de texto con el que obtener un sobresueldo. También les preocupaba el escalafón y las vacaciones. Lamentaba la carencia de publicaciones científicas, la inexistencia de verdadera investigación y que la universidad viviera de espaldas a la sociedad.

"¿Reforma, revolución de la enseñanza? Donde habría que hacerla es en las cabezas de los que enseñan, o por lo menos en las de los que han de enseñar. Soy de los muchos que creen que cualquier plan es bueno; todo depende de quién lo aplique".

Cuáles han de ser nuestras disposiciones

Integración, apertura y pluralidad. La Universidad es lugar donde lo múltiple manifiesta la verdad de lo plural, que hace posible la confluencia de lo diferente en el propósito de edificar un proyecto común. San Agustín lo decía de quienes profesaban santo propósito de vida común en los monasterios, donde los monjes se dedicaban a la oración y el trabajo intelectual y manual con el propósito de edificar la comunión. Lo que en la Universidad se investiga, aquello que se enseña y para lo que se forma es lo real en todas sus dimensiones, la verdad en todos sus órdenes: físico, matemático, biológico, médico, astronómico, mental, social, ético, político, histórico, literario, artístico, filosófico, teológico... El universitario hace profesión de sabiduría, se consagra a esta tarea.

En la Universidad es lo real y su verdad lo que se atiende. La realidad es -en terminología zubiriana- respectiva, esto es, tiene que ver con sus múltiples dimensiones y el posicionamiento de todos nosotros en ella. Mis apreciaciones de la realidad son respectivas, esto es, tienen que ver con mi posicionamiento y el de aquellos con quienes convivo. "La verdad no es mía ni tuya para que pueda ser tuya y mía" (Comentarios a los salmos 103, 2, 11).

El trabajo en la universidad es una dedicación, no tanto una ocupación. Es vocación que se profesa, no ocupación que se tiene. Sobran por ello las intrigas, los

5 Citado en Haas (2002:23).

conciliábulos y las conspiraciones que preocupan, ocupan y no permiten dedicación.

Fidelidad creativa a la tradición: "Progreso sin tradición es trayectoria sin móvil, pura fórmula matemática, parábola ideal que no tiene en cuenta la realidad", decía también don Miguel.

Diálogo dialógico y dialéctico: sabernos escuchar para poder discutir. Vale reiterar aquí este texto de Ruiz Pesce: "En los hechos la universidad nace históricamente como la comunidad de los que enseñan y de los que aprenden; la comunidad o los gremios de maestros y de alumnos, reunidos en la común búsqueda de la verdad; verdad que era laboriosamente 'peleada', palmo a palmo, en las 'cuestiones disputadas' de las universidades medievales; aquella no era ninguna edad de oro, y ésta ciertamente tampoco es, las edades áureas son los 'velos de la ilusión' para no afrontar la realidad, pero en aquellas aurales disputas universitarias encontramos las raíces ciertas del modelo de la universidad por la que vale la pena comprometerse y luchar" (Ruiz Pesce, 2011:4).

La vida universitaria comporta cultivar la más alta aspiración de la política: "el acuerdo de lo disímil según un orden razonable", dice san Agustín (354-430) siguiendo a Cicerón (106-43 a. C.) en su tratado De republica (La ciudad de Dios 2, 21, 1). "Hacer la unidad honda -decía Unamuno referido a los españoles y la misión de la Universidad-, la espiritual, la comunión más bien. Mientras no comulgamos en un ideal lo bastante amplio para que en él quepamos todos..., no habrá patria... La vieja resulta ya un poco estrecha; hay que ensancharla, pero ensancharla por dentro, en espíritu y en verdad. Alma de tolerancia; mente hospitalaria; culto a la verdad, sintiéndola viva, proteica y multiforme; comprensión a las más opuestas concepciones, abierta; odio al formalismo; atención al pueblo; heroísmo de trabajo; sumersión en la realidad concreta, fija la vista en la más alta idealidad abstracta..."

Bibliografía

- Chesterton, G. K. (2005): *De todo un poco*. Ed. Pórtico, Buenos Aires.
- Ferrater Mora, J. (1945): *Cuatro visiones de la historia universal*. Ed. Losada, Buenos Aires,
- González-Carvajal Santabárbara, L.: (2008). *Los cristianos en un estado laico*. Ed. PPC, Madrid,
- Gutiérrez, D. (1980): *Los Agustinos en la edad media (1256-1356)*. Volumen I/1. Roma, Institutum Historicum Ordo Fratrum S. Augustini.
- Haas, A. M. (2002): *Maestro Eckhart, figura normativa para la vida espiritual*. Ed. Herder, Barcelona.

- Jiménez Ortiz, A. (1992): "La fe en un mundo secularizado y pluralista". *Proyección* 39, pp. 113-126.
- Levinas, E. (1988): "Religión e infinito". Levinas, E.; Derrida, J. y otros (1988). *Doce lecciones de filosofía*. Ed. Juan Granica, Buenos Aires, pp. 149-158.
- Maestro Eckhart (2002): *El fruto de la nada*. "Proverbios y leyendas del Maestro Eckhart". Dicho n. 8. Edición y traducción de Amador Vega Esquerria, p. 145.
- Mounier, E. (1986): *Manifiesto al servicio del personalismo*. Ed. Taurus, Madrid.
- Moral Antón, A. (2007): "Importancia e historia de la educación en la Orden de San Agustín". *Etiam. Revista Agustiniana de Pensamiento*, 2, pp. 147-157.
- Ruiz Pesce, R. E. (2001): "Fin de la Universidad y responsabilidad de los universitarios". *Revista Profesional* (publicado también en http://www.otrauntesposible.com.ar/docs/institucional/entrevista_profesor_ruiz_pesce_revista_profesionales.pdf).
- UCA (2011). Proyecto Institucional 2011-2016 (texto enviado por el Rector a los profesores para su revisión y aportes).
- Unamuno, M. de (1899): "De la enseñanza superior en España". *Revista Nueva*, entre agosto y octubre de 1899.
- Zambrano, M. (1988): *Persona y democracia*. Ed. Anthropos, Barcelona.

